

Saura Mira

## GITANOS EN EL RAAL.

Mercedes Barranco Sánchez, Manuel Herrero Carcelán.

Edita Ayuntamiento de Murcia, 2003.

Junta de Vecinos de El Raal.

**C**onocemos la trayectoria brillante de nuestros compañeros cronistas de esta bella pedanía huertana, cuya historia viene recogida en un libro de estos incansables autores, junto con otros trabajos relacionados con esta zona huertana, sin duda de enjundia y extrañable, de sabores religiosos y huertanos.

Ahora centran la atención sobre la presencia, en El Raal, de la etnia gitana, tan querida por quien estos comentarios escribe después de haber leído con grata fruición las ciento cuarenta y nueve páginas que comprende el trabajo mencionado.

Nos interesa y sabe a poco todo lo que se pueda escribir sobre el pueblo calé, oriundo de la India, según los más recientes estudios antropológicos, y que llegan a España a través de sus dos caminos: África y Europa, destacándose como una etnia variopinta, plena de facultades de bohemia, trashumante y hermética, cuidadora de aposentar en su existencia toda una escuela costumbrista digna de estudiarse cada día más hondamente por etnográficos, tratando de ajustar su vocablo en su adecuado límite, desde el dialecto típico: el romaní que incrusta en su haber todo un rico caudal de voces, que tan sólo desde su jerga cabe advertir la pausada mezcla de vocablos y nutrir sus fuentes de épocas milenarias, algo que los que de verdad amamos a esta gente afincada en su manera de ser y de vivir, teniendo por horizonte el crepúsculo magnífico de los campos y caminos, trazando en su destino la diestra forma de su expresión folclórica, rimando su vida con el fluir de la naturaleza; podemos arropar su entidad y defender a este admi-



Gitanos de El Raal en la feria.

rado pueblo gitano, calé, libre, que nos anima a bucear por sus viejas páginas ilustres, retomando su ímpetu como su sufrimiento a lo largo de los siglos. Más aún, desde que se asentaron en España en fechas de 1447, cuando penetran por tierras catalanas aquella sabia tribu de egipcianos o bohemianos, como se les dijo en época de Alfonso V El Magnánimo, al parecer. Una tribu que de inmediato comenzó a sufrir las consecuencias de aquella pureza de sangre que en nuestra patria ha instalado su negritud comparativa, tratando de eliminar a auténticos hermanos nuestros, a hombres y mujeres a los que se les tilda de...” hechiceros, adivinos, traficantes y malhechores...”, entre otras muchas cosas lisonjeras, y que no eran, ni más ni menos que los gitanos, quienes no tenían más oficio que el de ir, de pueblo en pueblo, atendiendo a sus necesidades imperantes, haciendo de labriegos y en sus viejos oficios de herreros y saltimbanquis; algo que connota la necesidad de lanzarse de un lugar a otro. Ya desde el siglo XV y siguientes se les rechaza por imperativos eclesiales y la monarquía sigue sus rémoras, hasta el punto, que son importantes las pragmáticas sucesivas del siglo XV, lo que no descarta que se les considere...” una gente perdida y vagabunda”..., “inquieta,

engañadora, embustidora...», como afirma Covarrubias en su celeberrimo Diccionario; algo que se confirma por “diestras” normas que incluso hablaban de echar a los gitanos de los lugares, a no ser que estén sirviendo, pues, por contra, se les cortaba las orejas y se les enviaba a galeras, etc... Como se observa, hay todo un muestrario de rogativas que inciden en esta etnia acostumbrada a los silencios, malos tratos, tildada con el sambenito de toda clase de injurias y que muestra, por los eventos que últimamente venimos notando, que aún persiste un racismo con estas gentes bohemias, afincadas en lugares y dispuestos a trabajar, compartiendo con el payo su cultura, su tradición y el jolgorio que les marca la impronta de su figura; la del gitano, con sus atavíos pintorescos, su chaleco y pañuelo sobre el cuello... y ella con su saya corta y vuelo, adornada convenientemente... Los vemos, los observamos con nuestro mejor entusiasmo hacia ellos, sueltos y en cualquier momento del año, sintiendo la llamada de la naturaleza, cerca de los suyos, con sus hijos en su entorno y los abuelos, como jefes de la tribu, en cuyo derredor se conjuga una vida plena y limpia cada vez más, siempre y cuando la sociedad los asimile, cosa que observamos con ciertas dudas. Los vemos en ocasiones por los campos andaluces, por zonas de Alicante y Orihuela, por Murcia en sus zonas precisas y templando la gaita de sus quehaceres, recobrando la gracia de sus añejos parientes que, con la cabra, el pito y el tamboril, acuden a espacios urbanos para mostrar sus gracias y recibir un tanto de soldada... O cabe que se dediquen a sus oficios de herreros, caldereros o arregladores de todo, situándose en los aldeaños de las pedanías, evitando con ello “la negra”, es decir que les torne la mala suerte y puedan endirgar una buena “garbanzá” al hilo de la Navidad... El gitano es listo y cabal, sabe lo que busca y se sirve de sus mayores para calmar los malos

tratos de los payos... Acuden a ferias y van de pueblo en pueblo con sus fandangos y muestrario hacendoso de menudencias que causan el impacto de quienes los admiran... Si de muy chicos hacen “novillos”, de mayores son eruditos en asuntos de naipes, ejecutando el “redoblón”, a las mil maravillas, pero sin los aspavientos de los malos comportamientos; que tan sólo se sirven de ello para poder llevar algo a la boca de sus “chorreles”, y ello sin buscarse chingas de ninguna clase... Que el gitano y la gitana suman valores entrañables que sólo desde su vida cotidiana cabe alumbrar, como son sus entusiasmos por sus tradiciones y festejos en momentos lúdicos de la Navidad, San Juan y otros que le instruyen en sus esencias antropológicas... Como en verdad se nos aparecen si oteamos el carácter de su existencia desde su incorporación histórica a nuestra patria... observando desde la tolerancia actual, sus estilos y rituales en los trances vitales y de tránsito.

De tal holgura es el presente trabajo que Mercedes Barranco, y Manuel Herrero Garcelán, nos reglan con su sugerente libro que nos muestra la presencia del gitano en El Raal, con la gama de personajes que describen, a los que, por su calidad, relatan su fragancia, junto con el sabor de sus voces que quedan anunciando una vida nueva, cerca de sus vecinos. Lo que nos lleva a prestar atención a este pueblo espléndido, tan vapuleado por la historia, criticado, aherrojado, vapuleado y tratado como de inmigrante... “truecaburras”...

Para nosotros, el gitano suena a aire fresco, como la alegría de la gitanilla cervantina... Nos traen a colación viejas estampas que se desvanecen por los campos castellanos y andaluces, seguidos por la Benemérita... Nos suena su figura a coplica y a añorante patria... Pero también nos proclaman su formidable estilo y amable conducta. Todo un algo que nos emociona y nos hace sentir dis-



Gitanos músicos en una calle de pueblo.

tintos, envidiando su calidad antigua y estirpe de bohemia...

### **RADIOGRAFÍA DE LOS TERRITORIOS MURCIANOS DE HABLA VALENCIANA.**

**Antonio Mateo Jareño López, 1993.**

**T**rabajo interesante nos parece este de quien fuera maestro de la pedanía de Torre del Rico, de Jumilla. Me consta el interés de nuestro escritor desaparecido, por escrutar las tierras de Jumilla, a veces enclavadas en término alicantino con su hablar valenciano, lo que propone insinuaciones históricas y reestructuración de los siempre tan vapuleados límites o términos locales. Lo importante es la labor de este maestro, quien desde su soledad del lugar campesino, tiene inquietudes para investigar sus pueblos comarcanos y ver sus rasgos, empleando la posible documentación geográfica, como la voz del viejo del lugar, tan apetecible y necesaria para dar con el

origen del casar, de su nombre, como el de Raspay, Torre del rico, la Raja, Cañada del Trigo, La Zarza de Jumilla. Voces que dan sentido a estas pedanías pintorescas y a veces un tanto abandonadas. Pero a la vez estudia su fauna y flora como su dialecto, lo que enriquece este librito que merece ser tenido en cuenta...

Para nosotros todos estos parajes forman parte del circuito estético en el que venimos investigando, oteando la gama colorista de estos campos solitarios que, desde nuestra amada Fortuna nos llevan a Abanilla, Jumilla y Yecla, buscando con pasión los resortes estéticos que nos embargan. Por eso ya conocíamos estos parajes y hasta hemos invadido su zona tratando de investigar sobre ellos, desde la misma oralidad, tratando de dar con la sigla y el gesto de su entorno. La Zarza jumillana o la Torre del Rico y Rapay, con su letargo de silencios, nos provocan lances de encantamientos. Pueblos sucintos como la torre enraizada en su crónica del siglo XVI, la mansión sonora de la Cañada del Trigo con su iglesia y cementerio añejo, la versión fecunda del templo de Raspay con la imagen del ejemplar edil; conforman un latido silencioso y atractivo de estos casares jumillanos donde confluyen las dos amadas sierras, del Carche y de La Pila, enamoradas de sí mismas y acuñadoras de refranes y canciones escuchadas en los silencios de los atardeceres: esos crepúsculos incomparables que se adueñan de estos horizontes mágicos...

La radiografía de estos pueblos señalan y marcan unos tonos muy personales del autor del libro, con su sentido y su mensaje. Pero es preciso afinarse en estos lugares, caminar por sus senderos de piedra; enrollarse en la latitud de sus zonas y entregarse a la cuita estética de su enjundia... Tan sólo desde este temple se puede escuchar la auténtica voz de estas aldeas olvidadas...